

IV

Las enfermedades y los achaques.

PÁRRAFO PRIMERO

Las enfermedades.

La enfermedad que asusta á las personas del mundo, debería ser para la religiosa objeto de alegría.

La enfermedad es un *dón muy especial del amor de Dios.*

Oid lo que decía una alma penetrada de esta verdad: «¡Oh! Cómo, á imitación de san Pablo, me complazco en mis enfermedades, dolores y padecimientos, puesto que es Dios quien me los envía.

»Los quiero porque me mantienen en la humildad y en la dependencia, y me despegan de la vida.

»Los quiero porque me dan ocasión de manifestar á Dios mi amor y mi fidelidad.

»Los quiero y los adoro como sacramentos que me traen la gracia al corazón; me purifican de mis faltas; me enriquecen con un tesoro de méritos; me conducen á la perfección; me acercan al cielo; me sacrifican á honra y gloria de Dios; me hacen víctima de su grandeza y de su amor; me unen, por fin, con Jesucristo y me hacen semejante á El.»

»Cuando me acerco al lecho de un enfermo,

escribía una alma santa, se apodera de mí un sentimiento de *respeto*. Sobre aquel lecho del dolor veo, más que á un hermano, más que á un amigo desgraciado, veo á *una alma* que el Señor ha escogido para formarla El mismo con sus propias manos, porque tiene algo que decirle y algo que decirme á mí por su conducto.»

La mano paternal de Dios se manifiesta de una manera más visible en las enfermedades que en las demás tribulaciones. Vamos á indicar:

- 1.º *Las ventajas de la enfermedad.*
- 2.º *Las ilusiones en la enfermedad.*
- 3.º *Los consejos prácticos en la enfermedad.*

I.º—VENTAJAS DE LA ENFERMEDAD

1.ª *La enfermedad expia los pecados.*—Hace lo que un día hará el Purgatorio si, al herirnos la muerte, no hay en nosotros aquel perfecto amor de Dios que purifica, y que tan raro es en la tierra; y á pesar de sus torturas, lo hace con una *suavidad y moderación*, que no se conocen más allá de la vida. ¡Oh! ¡Cuánto más dulce es borrar los pecados sobre un lecho, que expiarlos en el fuego! Y gracias á la misericordia infinita de Dios, ¡cuántos años de purgatorio pueden evitarse sólo con algunos días de enfermedad sufrida con resignación y paciencia y en unión con la voluntad de Dios! La enfermedad es un *purgatorio de misericordia.*

La enfermedad es el padecimiento más expiatorio, porque puede abarcarlos todos: obra á la vez en el cuerpo y en el alma; tortura los

miembros; se ceba en todos los sentidos; priva del sueño y del alimento; produce fastidio, temores é inquietudes; algunas veces coloca al paciente bajo la dependencia absoluta de los demás, y otras expone á los desprecios, al abandono y al olvido.

2.^a *La enfermedad nos da una esperanza casi cierta de nuestra salvación.*—Hay pocos medios más eficaces para salvar el alma, porque aleja casi todas las ocasiones de pecado y proporciona los medios para practicar todas las virtudes. ¡Oh! ¡Cuán poco es lo que tiene que hacer un enfermo para santificarse! Reconocer sencillamente que la mano de Dios es la que le hiere, y que le hiere con justicia; pedirle la curación y tomar los remedios indicados, pero sometiéndose con amor á la tan sabia y tan santa voluntad divina, y unir sus padecimientos con los padecimientos de Jesucristo.

Muchos santos pasaron la vida con padecimientos continuos, no pudiendo hacer largas oraciones, ni seguir una regla, ni practicar ninguna obra de celo; pero estaban sumisos y sufrían con amor mirando el crucifijo. ¿Es esto muy difícil? Y puesto que se ha de padecer el mal, ¿no sirve hasta para aliviarlo el sufrirlo con paciencia y con paz?

3.^a *La enfermedad nos hace en cierta manera semejantes á Jesucristo crucificado.*—¡Pobre enfermo! No atribuyas tu estado ni á la corrupción del aire, ni al cambio de estación, ni á tu temperamento, ni á tal ó cual accidente material; mira, mira más alto: *es Dios* quien, por un amor particular, quiere hacerte seme-

jante á su Hijo Jesús; es Dios, que quiere hacer de ti *un magnífico crucifijo*. Esas llagas que te cubren; esas incisiones que te han hecho; esos dolores que te torturan, son los instrumentos de que se sirve para grabar en tu cuerpo la imagen de su Hijo Jesús.

¡Oh, qué hermoso es este pensamiento! El escultor que quiere hacer un crucifijo, desbasta en todas líneas la madera en que trabaja; da fuertes martillazos á diestro y á siniestro; le quita grandes astillas, y no deja parte alguna sin retocarla y pulirla con el cincel. Así es como los verdugos cincelaban á los mártires, y así es como *la enfermedad* tortura el cuerpo. Da fuertes golpes en la cabeza del doliente; le desgarrá las entrañas; le atenaza los pies y las manos; le tritura el pecho, y el enfermo que tiene ante sus ojos la imagen de Jesús crucificado puede decir con san Pablo: «*Llevo en mi cuerpo las marcas de mi Dios; soy la imagen de sus dolores y la expresión de sus padecimientos; muero todos los días, y mi vida es un prolongado martirio que sufro por su amor.*»

4.^a *La enfermedad es un sacrificio.*—Hace del cuerpo del enfermo resignado una verdadera hostia santa y viva que lentamente se consume y se inmola, ya por sus propios pecados, ya también por los ajenos, como lentamente se consumía y se inmolaba Jesucristo.

El enfermo que, en una comunidad ó en una familia, sufre con paz y con amor; el enfermo que comprende su estado de víctima, es para todos los que á él están unidos con los lazos

de la sangre, de la amistad ó de la religión, una *expiación y un preservativo*. Es una oración perpetua que atrae abundantes gracias que nunca se conseguirían sin él. ¡Felices las casas donde hay enfermas santas!

El cuerpo doliente es *la víctima* que se ofrece á Dios con paz, con sumisión y alegría á pesar de las lágrimas; el lecho en que yace es *el altar* desde donde se ofrece; la fiebre es *el fuego* que la consume; el dolor es *el verdugo* que la hace morir; de modo que todo enfermo puede decir con verdad: *Yo cumplo en mi cuerpo lo que falta á la pasión de Jesucristo; soy uno de sus miembros; estoy crucificado con El. ¡Ah! Que nadie turbe mi reposo, pues llevo en mi cuerpo las marcas de las llagas de mi Salvador.* (Col, 1.; Gal., VI.)

5.^a *La enfermedad es un martirio.*—Cuando el enfermo es paciente en medio de sus dolores, da á Dios la mayor gloria que puede darle una criatura humana. A veces llega á padecer tanto como lo que padecían los mártires; padece por más tiempo que ellos, y si lo sufre con amor y con gratitud, obliga á los que le ven á decir lo que los paganos decían de los mártires: «*¡Es preciso que el Dios de los cristianos sea un señor muy bueno, puesto que sus siervos se alegran tanto de padecer y morir por El!*»

El enfermo, con la resignación y la sonrisa en medio de los más agudos dolores, con su mansedumbre y amor, publica á los que le rodean la bondad de Dios; rinde homenaje á su grandeza; predica el exceso de su misericordia,

la gloria de su divinidad, la sabiduría de su providencia; no sabe razonar, pero sabe padecer y morir.

¡Oh, qué consuelo debe experimentar el enfermo cuando puede decirse á sí mismo: Padezco porque Dios lo quiere y sufro por Dios; me sacrifico á la gloria de Dios; muero por obedecer á Dios; cumplo lo que falta á la pasión del Hijo de Dios; satisfago sus deseos, imito su ejemplo, correspondo á su amor; le tributo el mayor testimonio de fidelidad que se le puede dar; soy mártir, estoy crucificado; y todo esto lo acepto con alegría para participar de los padecimientos de mi Salvador y para probarle mi reconocimiento!

6.^a *La enfermedad es un tesoro para los que cuidan al enfermo*, pues pueden con su caridad ganar méritos inmensos.—«*¡Cuánto consuelo me da*, decía san Francisco de Sales en sus enfermedades, *el ver el trabajo que se toman por mí estas pobres gentes! ¡Ganan el cielo con sus servicios y su caridad!*»

Visitar y asistir á los enfermos es una de las principales obras de misericordia evangélica; tiene tanto valor, que entra en los considerandos de aquella sentencia solemne de felicidad que nuestro Señor quiso de antemano redactar y notificar al mundo en favor de los amados de su Padre, para no tener ya más que pronunciarla en el día de la suprema justicia: «*Estaba enfermo y me visitasteis.*» Sí; Jesucristo es el que está enfermo en esta habitación, Jesucristo es el que yace en ese lecho; Jesucristo es á quien visitáis y cuidáis; por consiguiente, Jesucristo es

el que ha de pagar vuestras visitas y vuestros cuidados, y no hay duda que los pagará con abundancia y esplendidez.

2.º—ILUSIONES EN LA ENFERMEDAD

El demonio no puede dejar, sin oponerse, que los enfermos gocen de todas estas ventajas; claro está que al principio no intentará que la religiosa á quien Dios aflige con la enfermedad se queje, murmure ó se impaciente; pero le suscitará una porción de pretextos para disminuir á sus ojos *las ventajas sobrenaturales* de su estado y aumentar su fastidio; por eso dice la *Imitación que la enfermedad mejora á pocas personas*.

1.º El amor propio dice á la enferma que, siendo una carga para los que la rodean, debe desear ardentemente que se vean libres de los cuidados que le han de prodigar; si lo desea tan vivamente, y algunas veces hasta con impaciencia, no es por ella misma, sino por las pobres hermanas, que se cansan y se matan.... ¡Como si Dios no supiera todo esto, y como si la salvación de las enfermeras no estuviera vinculada en los cuidados que prodigan!

2.º El amor propio dice á la enferma que la imposibilidad en que está de cumplir con sus deberes la hace *inútil* para la comunidad. ¡Como si para una comunidad pudiera haber protección más segura ni tesoro más estimable que la cruz de Jesucristo! ¡Como si la oración sencilla y resignada de una enferma no proporcionara á la casa tanto provecho y ventajas

como podría proporcionarle la actividad y el trabajo! La enferma, lo mismo que la que está sana, tiene *una misión que cumplir*: su santificación y la de las demás. Los medios que debe emplear son: *tribulaciones, disgustos, abnegación*; éstas son los *herramientas del trabajo*, y si las emplea bien verá que en la balanza de la eternidad sus días, en la apariencia tan inútiles, aprovecharon á la comunidad más que el trabajo que hubiera hecho.

3.º El amor propio dice á la enferma que le sería más provechoso rezar y seguir á la comunidad que padecer. ¡Como si *lo que Dios quiere* no fuera siempre lo preferible! Agradamos á Dios *con lo que tenemos, y no con lo que no tenemos*.

4.º El amor propio dice á la enferma que debe temer no se escandalicen sus hermanas al oír las quejas que le arranca el dolor. ¡Como si las hermanas no supieran que la sensibilidad natural no quita nada á la resignación! El dolor arrancaba algunas veces á santa Catalina de Génova gemidos que partían el corazón; Dios se servía de su sensibilidad para disimular á sus propios ojos el heroísmo de su virtud. El beato Enrique Susón, cuyas austeridades causan espanto, sentía algunas veces dolores tan agudos, que le arrancaban gritos que se oían desde la calle.

A todos estos pensamientos, que podrían disminuir vuestra resignación, contestad así: *Dios es muy bueno cuando me aflige; yo quiero todo lo que El quiere, y lo quiero por todo el tiempo que El lo quiere*.

3.º—CONSEJOS PRÁCTICOS EN LA ENFERMEDAD

1.º—*En cuanto á la piedad.*

Procura ponerte en paz con Dios, confesándote en cuanto puedas. No hay cosa que proporcione mayor alivio y calma, aun para los dolores físicos, que la paz del alma y la unión con Dios.

Acepta la sagrada Comunión así que te la ofrezcan; pídelas si puedes, deséala si no puedes pedirlos.

Deja las oraciones de regla tan pronto como te lo manden, pero rodéate de objetos piadosos que en cierta manera te obliguen á pensar en Dios; más *jaculatorias* que largas oraciones, y más resignación interior que palabras. El *fiat*, el *amen*, el *alleluia*, deben ser las continuas exclamaciones del alma religiosa. Si puedes hacerlo, reza una decena del Rosario cada vez que da la hora; de esta manera podrás rezar el Rosario sin fatiga y pasar el día en unión con Dios. Si no puedes, por lo menos *besa el crucifijo* con frecuencia. La religiosa enferma debe tener siempre al alcance de la mano su crucifijo y su rosario; es una costumbre piadosa el tener el rosario arrollado al brazo.

Si en la comunidad hay la costumbre de que durante las horas de rezo vaya una hermana al lado de la enferma para rezar en alta voz el Rosario ó hacer la lectura espiritual, acéptalo con gusto; si no, únete con el pensamiento á los ejercicios que practica la comunidad.

2.º—*En cuanto á los remedios.*

Toma todas las medicinas que te hayan prescrito, venciendo la repugnancia que podría causarte su amargura, con la intención de unirte á Jesús cuando le dieron á beber hiel y vinagre. Procura, sin embargo, tener la suficiente sencillez y humildad para manifestar lo que te repugna, para pedir las cosas que á tu parecer necesitas, y para indicar lo que deseas en cuanto te lo pregunten. Jesús, estando en la cruz, dijo *que tenia sed*.

Espera tranquilamente de la bondad de Dios el buen efecto de los remedios, sin turbarte cuando no se consiga la curación tan pronto como querrias.

Recibe siempre *con bondad* á los que te visitan; *con gratitud* los servicios que te prestan; *con paciencia* los padecimientos que causan las curaciones ó los descuidos que puedan tener las hermanas en la asistencia.

Y aquí se nos ofrece una pregunta importante: *Cuando á una persona consagrada á Dios le sobreviene una enfermedad que el pudor no se atreve á descubrir, ¿puede dejarse ver de los facultativos y está obligada á ello?*

1.º *Puede:*

Porque la ciencia de los cirujanos y médicos, lo mismo que los remedios, proceden de Dios, y la divina Providencia los ha establecido igualmente para todos. «*El Altísimo, dice el Eclesiástico, crió de la tierra los medicamentos, y el hombre prudente no los desechará, sino que los utilizará cuando los necesite.*» (XXXVIII, 4.)

Porque los consejos ó repugnancias del pudor no son un sentimiento más legítimo que el deseo de la propia conservación.

2.º *Pero no está obligada á ello:*

Porque en ninguna parte *se manda* que en las enfermedades se acuda á la ciencia y á los remedios.

Porque, si se permite á ciertas personas entregarse por espíritu de penitencia á ciertas mortificaciones que pueden acortarles la vida, debe permitirse también el renunciar, por un motivo no menos noble, á ciertos remedios en las enfermedades que Dios envía, aunque hubiera de seguirse la muerte.

Porque el pudor, que en este caso se halla junto con un grande amor á la virginidad, puede tener sus mártires, como los tienen la fe, la caridad, la justicia.

PÁRRAFO SEGUNDO

Los achaques.

La diferencia que hay entre las enfermedades y los achaques, dice Mons. de Segur, consiste en que las primeras son más ó menos pasajeras, mientras que los segundos constituyen un estado permanente. Los achaques son ordinariamente menos dolorosos que la enfermedad; pero, como son continuos, suelen ser más molestos y más difíciles de sobrellevar. En la prueba de la enfermedad hay que temer la impaciencia; en la prueba de los achaques hay que temer más bien el desaliento, la tristeza y

cierta rutina que nos hace llevar la cruz de una manera descuidada, sin orar, sin santificarnos.

Hay achaques de toda especie, y no se sabe cuál es el más desagradable. Son como el terciopelo: encarnado, verde, azul, negro, morado, etc.; cada color es tan hermoso que no sabemos cuál merece la preferencia.

Los ciegos, los sordos, los mudos, los paráliticos, y otros muchos que no hay para qué nombrar, son pobres inválidos que inspiran lástima á todo corazón noble y generoso.

Cualquiera que sea, pues, el achaque, es penoso, y aun muy penoso en sí mismo, y frecuentemente lo es más todavía, ya porque el que lo tiene no puede menos de compararse con el que no lo tiene, ya también á causa de mil accidentes un poco ridículos, que no puede evitar el ciego, el sordo, el tartamudo, el contrahecho; en una palabra, el achacoso inválido.

No hay ningún estado que más se preste para adquirir méritos, que el de un achacoso ó enfermizo. Vive en una privación continua, y, aun cuando no sea dolorosa, constituye al enfermo en un estado que le obliga forzosamente á la abnegación, á la mortificación, á la penitencia, y basta resignarse de una manera ordinaria para merecer mucho delante de Dios. Si se acepta ese estado con fe viva y con verdadero amor, fácilmente se concibe que es un gran medio para conseguir la santificación, pues basta decir *amén* con el corazón y hacer de la necesidad virtud.

Así se explica cómo algunas almas muy fervorosas desean los achaques, y, lejos de afligirse

cuando se les presentan, los reciben como á verdaderos amigos. Conocí en el seminario de San Sulpicio á un santo director que estaba á punto de perder la vista. «Es una gracia muy grande—me decía—una agradable visita que me hace el Señor. Confío, sin embargo, que no se contentará con esto, sino que, después de haberme hecho ciego, me hará sordo. ¡Qué bueno sería el no tener ya nada que me distrajera de estar con Dios!» El santo varón se sonreía con dulzura al decir esto: empero no fué escuchado, pues al poco tiempo recobró la vista y nunca dejó de oír perfectamente; mas sus buenos deseos no han dejado de ser meritorios delante de Dios.

Sin alcanzar una virtud tan sublime, podéis, no obstante, pobres achacosas, santificar vuestros sacrificios diarios con la oración y la dulzura. Tened mucho cuidado con estar siempre en gracia, porque, sin esto, serían perdidos para el cielo tan preciosos méritos. Cualquiera que sea vuestro achaque, es una gracia, y gracia tanto mayor cuanto más penoso sea. No lo olvidéis, ni os quejéis de aquello mismo que debe haceros bendecir á Dios, pues vuestra dolencia es como un carro que os lleva, y á pesar de las desagradables sacudidas que experimentáis, os conduce por un camino recto al mismo Paraíso. Os impone una penitencia que no hubierais tenido valor de imponeros, y os prepara un magnífico Paraíso.

Vuestra dolencia es una gran parte de la verdadera cruz: honradla y sabed apreciarla en lo que vale. Cuéntase de san Omer, obispo

de Arras, que se quedó ciego en los últimos años de su vida, y á pesar de su ceguera, continuaba cumpliendo las funciones de su ministerio. Un día, al tiempo de presidir el acto de la traslación de las reliquias de un mártir, cuyo cuerpo llevaba en compañía de otro obispo, recobró repentinamente la vista. Otros, en su lugar, hubieran tenido grande alegría; pero él, considerándolo todo en el punto de vista de la fe, se echó á llorar, quejándose á Dios y al santo mártir; y tan bien rogó, que al acabarse la ceremonia consiguió recobrar su querida enfermedad.

¡Oh, si todos los achacosos ó enfermizos estuvieran animados de este espíritu, cuántos santos florecerían en el gran jardín de la Iglesia!

V

Los escrúpulos.

Vamos á exponer:

- 1.º *La naturaleza del escrúpulo.*
- 2.º *Los efectos del escrúpulo.*
- 3.º *Las diversas clases de escrúpulos.*
- 4.º *Los remedios contra los escrúpulos.*

I.º—NATURALEZA DEL ESCRÚPULO

El escrúpulo es, en materia de moral, una duda infundada ó de muy leve fundamento, aunque algunas veces llega hasta la persuasión,

que llena la conciencia de inquietudes y perplejidades.

Hay algunas personas que consideran *el escrúpulo* casi como una virtud, y lo confunden con *la delicadeza de conciencia*, lo cual es un error; el escrúpulo es uno de los más peligrosos defectos, y el sabio Gerson dice que *una conciencia escrupulosa hace más daño al alma que una conciencia relajada*.

Sin pretender hacer aquí un retrato del alma escrupulosa, que por otra parte no sería de grande utilidad, diremos que se conoce por la facilidad con que cambia de parecer, y sin ninguna razón sería, sobre una misma cosa, que tan pronto le parece lícita como ilícita; se fija en las más minuciosas circunstancias, ingeniándose por descubrir siempre otras nuevas; obra siempre con mucha inquietud y turbación; es muy tenaz en sus opiniones, y, finalmente, consulta á muchos directores, pero sin dejarse tranquilizar por ninguna razón, ni aceptar jamás ningún parecer.

2.º—EFECTOS DEL ESCRÚPULO

El escrúpulo falsea el juicio; perturba la paz del alma; engendra la desconfianza con todo el mundo, y sobre todo con Dios, que para el escrupuloso no es más que un tirano; aleja de los Sacramentos; hace caer en la ridiculez; impide entregarse al trabajo con actividad, y, finalmente, altera la salud del cuerpo y la tranquilidad del espíritu. ¡Cuántos desgraciados han empezado por los escrúpulos y acabado por

la locura! ¡Cuántos otros, más desgraciados todavía, han empezado por los escrúpulos y acabado en una vida de pecado!

3.º—DIVERSAS CLASES DE ESCRÚPULOS

1.º Unos son *enviados por Dios*, no como causa positiva, pues Dios no puede ser autor de opiniones falsas ni de ningún error, sino como causa negativa, en el sentido de que, al retirar Dios las luces de una alma, la deja en una noche espantosa.

Dios obra así para conservar el alma en la humildad, para obligarla á ejercitarse en la paciencia, en la abnegación del propio juicio, y sobre todo en *la obediencia*; es una terrible prueba que han sufrido por mucho tiempo algunos santos, entre ellos san Buenaventura, san Ignacio de Loyola y santa Teresa de Jesús.

Un director experimentado conoce pronto si los escrúpulos provienen de Dios, pues el alma, en medio de la tribulación, permanece en paz, segura de que Dios no la abandonará; es víctima de violentas aprensiones, pero nunca se impacienta; se queja, pero no murmura; expone sus dudas, pero se somete siempre; siente mucha repugnancia en obedecer, pero su voluntad domina la repugnancia y obedece siempre.

Por eso, en cuanto Dios ha conseguido el fin que se proponía, esto es, purificar aquella alma y arraigar en ella las virtudes sólidas, le manifiesta su amor y hace que, después de la prueba, goce de la más dulce serenidad.

2.º Otros *proviene del carácter de la persona*, y son los más difíciles de desarraigar.

Estos escrupulosos son *naturales tímidos, sombríos, melancólicos*, que á la menor apariencia de pecado se llenan de terror; *caracteres tenaces y tercios*, que no quieren nunca desistir de sus ideas; *espíritus débiles*, que se agitan por nada y á quienes todo impresiona; *espíritus mezquinos*, que sólo miran las cosas por un lado, y ordinariamente por el más horrible; *espíritus confusos*, que no distinguen nada con claridad y precisión; *espíritus ignorantes*, que sólo han estudiado superficialmente y se imaginan que todo lo saben; *espíritus falsos*, que ven las cosas como no son; *imaginaciones desarregladas*, siempre propensas á la exageración.

Esas pobres almas son muy dignas de lástima y de difícil curación, porque llevan consigo el origen de sus temores, de sus escrúpulos y de sus extravagancias. Muchas veces necesitan de un médico, y delante de Dios no siempre son responsables de los actos que algunas veces nos parecen tan fuera de razón.

3.º Otros, finalmente, *proviene del demonio*, y son los más perjudiciales; porque si los escrúpulos de temperamento pueden producir *la locura*, éstos pueden arrastrar algunas almas *al vicio*.

El demonio procura estrechar la conciencia del alma delicada, haciéndole creer que ha confesado mal sus culpas, y, por consiguiente, no se le han perdonado; inspirándole un excesivo temor de la justicia divina y persuadién-

dole que hay pecado en todo cuanto hace. Su objeto es dificultar la oración, hacer odioso el uso de los Sacramentos, el yugo de Dios insostenible, arrastrar al alma á la desesperación, á fin de que abandone la virtud.

Y lo consigue algunas veces, cuando esas pobres almas así tentadas se asustan, se concentran y no se atreven á hablar de sus penas; pero si son humildes y algo confiadas; si con timidez, y aunque sea incompletamente, dicen lo que sienten y están resueltas á hacer todo lo que se les diga, y si realmente, y á pesar de todo, obedecen las órdenes claras y precisas de su confesor, esta *tentación* no las perjudicará; Dios permite que pase pronto y que queden ellas más humildes y más prevenidas.

Pero cuando esas almas han vivido algún tiempo con flojedad y negligencia, con cierto desprecio real, aunque quizá no intencionado, de las menudas prescripciones de la regla, el demonio, que las dejó con la ilusión, aprovechándose de la mezquindad de su espíritu y de su inclinación al orgullo, arroja entonces sobre ellas la turbación acerca de lo *pasado*, cuya importancia exagera; les sugiere tentaciones de orgullo y sensualidad; y como esas almas están acostumbradas á confesarse á la ligera, ya no saben cómo decirlo; lo dicen mal, se embrollan y confunden; no reciben bien las observaciones que se les hacen; discuten y se quejan de que no las comprenden; son tercas y hablan sólo de lo *pasado*, sin tomar precauciones para lo presente; y así van continuando su vida tibia, irregular, sin hacer ningún es-

fuerzo para evitar los pecados contra la caridad y la obediencia. Se intranquilizan por un pecado material, ó por distracciones que han tenido en la misa del domingo, ó porque les mandan comer de carne un viernes, y no hacen el menor escrúpulo de murmurar, criticar y faltar al silencio. He aquí los escrupulosos más dignos de lástima, y, por desgracia, los más numerosos. Los escrupulosos *por temperamento* pueden todavía dar gloria á Dios; perb los otros le ofenden con mucha frecuencia.

VI

Remedios contra los escrúpulos.

I. El único remedio, no digamos para *curar al alma escrupulosa*, sino para *salvarla*, es la *obediencia á su confesor*.

Dios no puede contradecirse, y una vez que ha dicho, hablando de sus ministros: «*Quien á vosotros oye á mi me oye*», si el alma escrupulosa puede contestarle en el último día: *Hice tal cosa ú omiti tal otra porque mi confesor me lo mandó*, Dios no la condenará.

Obedece, pues, pobre alma desgraciada; obedece respecto á las oraciones que hayas de hacer; al tiempo que hayas de emplear en ellas; á la manera de hacerlas; á la atención con que las has de hacer; á la prohibición de repetir las ó de volverlas á empezar, y á las que debes absolutamente suprimir.

Obedece respecto á no pensar ya en lo pasado; á hacer la acusación de tus culpas de tal

ó cual manera; á la prohibición de explicar más un pecado de que ya te acusaste, aun cuando te parezca que lo hiciste mal; á los pecados que dices haber olvidado en otras confesiones; al examen que has de hacer antes de la confesión.

Obedece respecto á las comuniones que el confesor te manda hacer; á los libros que te prohíbe leer y á las personas con quienes no te permite tratar; á los actos de virtud que te impone, y, finalmente, en todas las cosas, en cuanto al tiempo, lugar y manera de hacerlas.

Obedece á tu confesor; la autoridad ó la Providencia le han designado para dirigirte; no le dejes por capricho, por aversión, por despecho ó por falta de ánimo. En general, no vayas en busca de tantos y tantos consejos; la multitud de pareceres es, más bien que una luz, un obstáculo para la paz.

No hay duda que se ha de evitar toda exageración; no rehuses un buen consejo cuando el Señor te le envía; pero, por regla general, debes atenerte á la *unidad de dirección*.

II. El segundo remedio que ayuda á la obediencia es un *trabajo activo, constante, casi excesivo*. Poco tiempo hay para pecar cuando no le hay para respirar.

III. Como particularmente es *la confesión* lo que intranquiliza á los escrupulosos, vamos á poner aquí una página de los *Avisos espirituales*, muy á propósito para tranquilizar.

SOBRE ALGUNAS DIFICULTADES RESPECTO
DE LA CONFESIÓN

«Notad que la confesión es una invención amorosísima del corazón de nuestro Señor; y como no hay cosa mejor para las almas, el demonio hace todo lo que puede por emponzoñar este manantial de vida. Para ello se sirve en primer lugar de nosotros mismos; luego viene él.

»1.º Se sirve de nosotros mismos, procurando convencernos de que es cosa muy difícil confesarse bien. No hay error más falso; pues cuando no se quiere, es no sólo difícil, sino hasta imposible confesar mal. Supuesta la buena voluntad ordinaria, es sumamente fácil hacerlo bien, y la buena voluntad la tenemos siempre que queremos. Cuando vais al confesonario, vais con buena voluntad; por consiguiente, os ha de ser muy fácil la confesión.

»2.º El demonio se sirve también de nosotros para apartarnos de la confesión, suscitándonos la idea de que se necesita hacer la confesión con tanta perfección que nunca la podremos alcanzar. La regla práctica y segura es hacer moralmente lo que está prescrito. No pretendáis confesaros *muy bien*; contentaos con hacerlo *bien*, y basta. En este caso es cuando puede decirse que *lo mejor es enemigo de lo bueno*. La dificultad de la confesión y su perfección, son dos obstáculos que es preciso vencer.

»En cuanto el alma está turbada con estas exageraciones, llega el demonio.....; y como tanto provecho saca de la turbación, procura

augmentarla. ¡Tiene para ello tantos medios!

»Luego vienen las tinieblas, y á favor de la nube que oculta el cielo de las verdades, y de la turbación que agita profundamente el alma, ¿qué no hará? Este es para él el momento favorable, y ciertamente lo aprovechará.—Yo no puedo, dice, confesarme hoy, porque mi confesión no sería mejor que las pasadas; pues ¿para qué confesarme? Sería menester hacer confesión general y disponer de mucho tiempo, lo cual es imposible.... *Creo* que me han dicho (y es positivo) que no tenía que pensar más en confesión general, y no quisiera desobedecer.—Y ¿por qué no haber pensado así desde un principio? Se ha pasado una hora completamente perdida, atormentándose por falta de fe, de generosidad y de confianza en Dios, y, por fin, se toma la resolución de confesar. La buena voluntad es real, pero la turbación impide conocerlo. Hace un momento no quería confesarse por escrúpulo; ahora se confiesa por convencimiento; pero toma la inspiración por una falsa luz. El demonio vuelve todavía, turbando y obscureciendo.—Es bien seguro, dice, que acabo de hacer una mala confesión: ¿cómo voy á comulgar?..... Pero *lo quieren, y yo lo quisiera también*.—¡Nuevas inquietudes!—Lo quieren pero no puedo, y si no lo hago desobedezco.—Entonces comulga, pero con intranquilidad; y aunque la comunión no deja de ser provechosa para el alma, ¿lo es tanto como lo sería si se rechazaran generosamente aquellos vanos temores, y sin vacilar, con amor y confianza, tomando

por guía la obediencia, que no engaña nunca, se pasara por encima de todos los lazos y peligros que el demonio siembra en nuestro camino? Dicen también:—¡Si me conocieran!— Te conocen mucho mejor que tú misma te conoces, y además, ¿qué te importa que el sacerdote deje de conocerte? Basta la voluntad que tienes de darte á conocer, pues Dios suplirá lo que le falte á su ministro. ¿No basta que te conozca lo suficiente para absolverte? Esta ciencia no le faltará nunca.—Así es como, por dejarse llevar y zarandear por las propias falsas ideas, todo se encadena para mayor desgracia. Ya no hay paz, ni reposo, ni dulzura en el servicio de Dios.

»¿Qué se debe hacer para evitar todos estos inconvenientes? Helo aquí.

»Recordad que es dulce, ó cuando menos no difícil, y mucho menos difícilísimo, el confesarse bien. Esto no necesita pruebas, porque lo experimentaréis muy pronto si os confesáis con sencillez de corazón (y sin pretensiones de talento), como esas sencillas y piadosas mujeres que no intentan *definir lo que ignoran*, sino que dicen simplemente:— Si soy y me veo culpable, me acuso..... Procuro arrepentirme de lo que me acusé, y luego me quedo en paz.—¡Cuántas señoras de talento, y muy listas, he conocido que, sin embargo, no se confesaban tan bien como sus criadas! ¿De qué proviene esto?..... De que llevaban el talento al confesonario, y allí sólo se necesita un poco de buen sentido, sencillez, humildad y *olvido de sí mismo*.»

Al finalizar este tomo daremos algunas páginas que completarán los consejos de dirección, que aquí sólo hemos indicado de una manera general. Esas páginas serán muy útiles para las almas atribuladas con escrúpulos; útiles también para aquellas á quienes el escrúpulo es un castigo de su negligencia habitual, si les queda todavía algo de humildad para reconocerse y someter su juicio.

CAPÍTULO IV

MANERA DE SOPORTAR LA TRIBULACIÓN

Puesto que Dios es quien envía ó permite la tribulación, no hay más que una manera cristiana y aun razonable de soportarla, y es aceptarla *con sumisión*.

Dios es *dueño absoluto*, y tiene derecho á hacer lo que quiere.

Dios es *todo poderoso*; por consiguiente, lo que El quiere sucederá siempre, cualquiera que sea la resistencia y la oposición de las criaturas.

Dios es *infinitamente sabio*; lo que El quiere procede de su sabiduría y no puede tener más que resultados dignos y útiles.

Dios es *soberanamente bueno, infinitamente amoroso*; lo que El quiere es siempre efecto de su misericordia y de su amor.

He aquí por qué *la sumisión entera, completa y afectuosa* á todos los accidentes y á todos los sucesos de la vida es el acto más razonable